



Epilogo



Epílogo

He escrito en este libro-abierto una serie de palimpsestos que resuenan con otros silencios. El silencio es un lugar. La noche es un lugar. Nosotros somos lugares. Va más allá del hecho de haber habitado ciertos lugares que recordamos aleatoriamente. La memoria es un lugar. Quizá sea el lugar por excelencia. El olvido, por el contrario, sí que no es un lugar. Y, además, olvidar no es un verbo que se pueda conjugar fácilmente, aunque muchos estén tan convencidos de su empresa. Si el olvido no es un lugar, ¿qué tipo de certeza puede albergar al pensarlo como futuro o como pasado? ¿Qué sentido tiene decir que hemos olvidado u olvidaremos? ¿Olvidar qué precisamente? ¿Dónde y cuándo empieza el olvido?

El olvido puede ser la gran salud de Nietzsche o en todo caso, puede ser un acto de creación que nos acerque a ese deseo de no-lugar. Escribo porque se convive con el olvido. Lo veo, o mejor, lo escucho, a centímetros de mí, como algo oscilante, tan variable como la aurora. Por ello, me ha parecido justo sugerir ese no-lugar al que me dirijo literalmente, al sumergirme en mi pequeña salud al escribir.

Escribo. Eso he creído hacer. Con un cigarrillo en la mano tomé impulso como Jean Paul Belmondo en *à bout de souffle*. Y me sentía, sin aliento, y por eso escribía. A mi alrededor, en un sótano oscuro de Cali, ya casi no tengo libros y mi cuarto se ha ido reduciendo progresivamente, como un montón de cenizas que se acumulan por ahí, sin sentido. Escribo. Ya lo he dicho varias veces, pero no basta mencionar la palabra rosa para hacer aparecer una rosa, lo sé y aun así, insisto y digo que escribo y leo y me releo desordenadamente y subrayo lo escrito, lo descartado, lo que ha

amanecido esta mañana en este libro. Escribo. Escribo como si en cada bocanada de aire que me doy y me quito, retuviera un impulso nervioso, misterioso, del tiempo francés en el que creo no estar haciendo algo distinto a escribir. No hay nada que no me lo recuerde tras cada paso en el vacío que doy ciegamente convencido de estar escribiendo algo que me despoja aun más de mí mismo y despeja lentamente una selva (Tribugá) en la que confío que se instalará una escritura-otra, una forma de verdad profana que me llevará a escribir lo que me espera y que, ahora, en esta noche clínica, ignoro. Escribo. Por momentos me detengo y miro hacia afuera, hacia la esquina del movimiento en el Boulevard del Río, una calle que me llama, hacia los ladridos de perros anónimos que se enfrascan en un combate nocturno con el viento, con la nada y, escribo. Escribo sin tener conciencia de la escritura que siempre he proclamado mía y la desescritura como forma de vida me envuelve con sus espuelas del ayer, en París, y veo a aparecer a mi lado, un par de rostros que me desafían y se burlan de mí, de lo que escribo y desaprueban lo que intuyo. Me quitan el impulso, me obligan a detenerme y a encender un cigarrillo tras otro como Belmondo, y entonces creo entender porque sigo escribiendo. Es una deriva sin contemplaciones ni miramientos conmigo mismo. El paisaje va cambiando y va tomando otro color, más tropical. Escribo. Al mismo tiempo es lo menos impersonal que he escrito.